

En la selva de Ayacucho

No una sino muchas guerras

LA TIERRA PROMETIDA

El éxodo multitudinario de campesinos pobres serranos hacia la selva se inició en las últimas décadas, conforme los terratenientes en agonía iban perdiendo el control sobre sus siervos y ya no eran más capaces de sujetarlos por la fuerza a la tierra.

Y así el valle, fértil en comparación con las erosionadas serranías, fue convirtiéndose en la tierra prometida de los ayacuanos pobres que hoy lo pueblan en número de 80 mil, sin contar la multitud de trabajadores eventuales que bajan en las épocas de cosecha, convirtiendo muchas comunidades serranas en abandonados pueblos semidesiertos, donde sólo quedan ancianos, niños y algunas mujeres.

Hoy, el valle es productor de cultivos de exportación: café, cacao, cube, maní, coca, y alimentos: maíz, frutas. El café, producto principal, es cultivado por más de 10 mil caficultores agrupados en tres cooperativas (Río Apurímac, Quinacho y Unión Selvática). Sólo por café, contando el impuesto ciego de 12.5 por ciento a las exportaciones tradicionales y los intereses al Banco Agrario por avío agrícola, el valle pagó al fisco mil millones de soles en 1981.

Y, sin embargo, en todo el valle existe un solo médico y un único hospital rural en San Francisco -San Pancho para los conocidos- que es el principal centro poblado con más de mil habitantes. Más de diez postas médicas reparadas por el valle funcionan a medias por falta de personal y/o medicinas: a veces, lo único que tienen son aspirinas. Las enfermedades infectocontagiosas se extienden por el valle, principalmente la fiebre amarilla y el paludismo, que ha vuelto a surgir porque hace un año no hay ya presupuesto para

Para la gran mayoría de peruanos, Ayacucho se identifica con altas cordilleras y profunda miseria. Pocos saben que buena parte de la provincia de La Mar se halla ubicada en la ceja de Selva, ni que allí, a lo largo de más de 100 kilómetros de frontera entre Ayacucho y Cusco, se ha producido en los últimos 20 años una verdadera explosión demográfica y económica, que ha convertido el anchuroso valle del río Apurímac en el único polo dinámico de todo el departamento.

el programa de fumigación casa por casa contra la malaria.

En el valle no hay luz ni agua potable, los parásitos estomacales, en especial la salmonella, afectan al grueso de la población. No hay tampoco telégrafos, y menos control de precios. El azúcar costaba en diciembre más

de 500 soles kil-, el kerosene 1,000 soles por galón y el transporte a Ayacucho, por la única infame carretera que conecta el valle con la capital departamental, cuesta 5 mil soles por 200 kilómetros.

Y, sin embargo, a pesar del caos y del costo de vida, la selva sigue siendo foco de atracción, desgra-

ciadamente, no sólo para los campesinos pobres sino para los grandes comerciantes y para narcotraficantes que comienzan a penetrar también en la región. Ultimamente, sinchis y senderistas han convertido al valle en teatro de sus enfrentamientos, sumando una más a las múltiples guerras que se li-

bran en el valle: la más sangrienta y peligrosa, pero no la única.

LA GUERRA SUCIA

El runrún comenzó a difundirse en agosto. Desde Quillabamba y Villa Virgen llegaban rumores: van a atacar los "terrucos" (terroristas). Ya desde ju-



Por: Carlos Iván Degregori

lio, a los ómnibus y camiones los paraban en Tapuna (el abra que separa la sierra de la selva) muchachitos armados que subían a vender sus folletos y recolectaban plata o especies en costalillos.

Por la misma época comenzaron a llegar las cartas: furtivas, amanecían bajo las puertas conminando a picicateros y grandes acaparadores, pero también a honrados agricultores y comerciantes. Incluso las cooperativas cafetaleras recibieron algunas. Todas eran parecidas: luego de una confusa parrafada contra el régimen y vivas a la lucha armada, conminaban bajo amenaza de muerte a los destinatarios a entregar en plazos y lugares precisos fuertes sumas de dinero "como contribución a la lucha armada". Toscas hoces y martillos rubricaban las misivas.

Varios cedieron ante las amenazas, pero la Federación Campesina instruyó a sus miembros no entregar un solo centavo. Lo mismo hicieron las cooperativas.

¿Serían los senderistas? ¿Serían los odiados sinchis o vulgares extorsionadores que aprovechaban el pánico que comenzaba a echar raíces como mala hierba en muchos corazones?

Los que habían pasado por el colegio o la universidad de Huamanga, advertían que a veces las hoces y martillos se hallaban dispuestas en sentido contrario al usual; y que la retórica no era muy claramente senderista.

(Pasa a la pág. 9)



El runrún comenzó a difundirse en agosto. Desde Quillabamba y Villa Virgen llegaban rumores: van a atacar los "terrucos".

(Viene de la pág. 8)

Cierto día, una señora se atrevió a preguntarle a uno de los jovencitos armados que irrumpió en el camión que la llevaba a Ayacucho, si ellos mandaban misivas como esa que ella había recibido. Le dijeron que el PCP Sendero Luminoso nunca enviaba ese tipo de cartas, que "sólo pedía cuotas voluntarias" y que nunca dieran nada.

Por otra parte, desde su llegada al valle los sinchis extorsionaban abierta, descarada, despiadadamente a la población. Atajaban a los transeúntes en los caminos. Si no tenían documentos (a veces aunque los tuvieran) les decían que iban presos por sospechosos de terrorismo o narcotráfico... a menos que dieran algo. En una zona donde el circulante abunda, los cupos no bajaban de 50 milsoles y podían elevarse hasta un millón.

Destacaba por su voracidad un tal sargento Sandi, que mandaba llamar por lista a los pobladores para que se presenten al puesto y allí, masivamente, se repetía la misma escena: los sinchis necesitaban "su Navidad". Si no querían acabar en El Frontón, tenían que "caerse con algo".

—No tenemos, jefe— era la respuesta de algunos.

—Algo tendrán, pues, cojudo: radio, reloj, grabadora. Véndelo pues, o quieras ir a El Frontón.

Hacia fines del 82, la ley de la selva empezaba a imperar, literalmente, en el río Apurímac. Los ciudadanos habían dejado de ser tales y volvían a ser objetos de rapiña, sujetos a cupos misteriosos y a cupos descarados de los sinchis.

Hacia setiembre, las versiones más contradictorias y alarmistas recorrían el valle. Por esa época ciertas acciones armadas tuvieron lugar río arriba, en la zona más cercana a Andahuaylas. Entonces comenzaron los asaltos. Bandas con pasamontañas irrumpían en las viviendas:

—A ver esa radio; tenemos que oír lo que dicen los reaccionarios.

—A ver esa grabadora, tenemos que grabar lo que hablan los sinchis y los soplones.

—A ver ese dinero, para la lucha armada.

Sin nadie a quien recurrir los agricultores se contaban entre ellos sus tribulaciones. Pero otros relataban que habían co-

menzado a recibir la visita de chiquillos que tocaban sus puertas y un poco a la manera de Testigos de Jehová con metralleta, hacían la alabanza de la lucha armada y pedían colaboración voluntaria de los visitados. Algunos porque los visitantes aparecían respetuosos y correctos; los más por temor a la metralleta o a las listas negras ("el partido tiene mil ojos y mil oídos", decían los muchachos); lo cierto es que el que menos colaboraba.

Los muchachos guerrilleros desaparecían tal cual llegaban y volvían a regresar tiempo después. No se interesaban por la organización política o gremial del campesinado, pero siguiendo la moda que los Ayatollahs impusieron en Irán —y/o ancestrales costumbres andinas— caían a veces por sorpresa en casa del adúltero o del que roba en el peso, y lo latigaban exigiéndole arrepentimiento.

¿Y los extorsionadores encapuchados? Finalmente en Machente, casi al terminar el año, se aclaró parcialmente el misterio.

Una banda armada entró en el poblado y lo saqueó. Pretextando ser guerrilleros del PCP Sendero Luminoso ingresaron en casas y tiendas, cargaron con todo lo que pudieron y se retiraron dando vivas a la lucha armada.

A los cinco minutos, cuando el pueblo se congregaba alarmado junto al local municipal, arribó otra banda que volvió a identificarse como senderista. Un bravo (o quizá fue una mujer) se atrevió a enfrentarse a los recién llegados:

—Oiga Ud., esto es el colmo; hace un momento ac-

banda de foráneos que aprovechaban la situación para robar. Y preguntada la masa, pidieron el ajusticiamiento y el ladrón fue fusilado en el acto contra el poste. Luego los senderistas se dirigieron a casa del alcalde populista y le pidieron que se una a la lucha armada o que renuncie.

—Yo no me integro a nada; uds. son unos irresponsables y ladrones— se atrevió a decir. Era un don juan provinciano, que tenía concubinas por aquí y por allá. Era quizá muy poca cosa, pero en el último instante de su vida tuvo un arranque de temeridad y cuando los Senderos comenzaron a vivir la lucha armada, lanzó un extravagante ¡Viva Acción Popular!

Ahí nomás lo cosieron a balazos y nadie se atrevió a dar sepultura a su cuerpo que quedó varios días pudriéndose en el vaho de la selva hasta que llegaron policías de San Francisco y trasladaron lo que quedaba de él hacia Ayacucho. Esta historia salió en los periódicos.

¿Habrían habido otras bandas similares a la exterminada en Machente? No se sabe. Lo cierto es que desde entonces cesaron las cartas y los asaltos.

Pero esa fue sólo una de las muchas guerras que se entrecruzan en el ubérrimo valle del Apurímac. Queremos relatar ahora un episodio de otra guerra, mucho más trascendente.

LOS GRANDES COMERCIANTES

La acción transcurre en vísperas de Todos los San-



nada... y se me largan, les dijo.

Amoscados, los campesinos se retiraron, pero finalmente consiguieron el líquido vital de otros comerciantes más obreros.

29.10.82. Santa Rosa. 10 p.m.

En la agobiante, melosa noche selvática, Edmundo Morales ronca borracho panza arriba en la casa-almacén de su concubina favorita, Paulina Gamboa.

—Edmundo, tocan la puerta— lo zamaqueó Paulina, alarmada por golpes

a refugiarse en la verdepa al costado del campo deportivo. Allí pasó la noche, tumbando, gimoteando mientras su mujer se refugiaba debajo de la escalera para ocultarse de ocho senderistas armados que vaciaban su almacén y caminaban a lo largo de la única calle principal de Santa Rosa, disparando y convocando a la población, invitándola a llevarse la mercadería que amontonaban en la puerta del almacén.

—Esto es sudor de Uds.
—Esto es producto de Uds.

que esa noche pudieron haber volado por los aires, siguieron allí intactos en la oscuridad, flammantes con sus inscripciones "Querer es poder" en el frontis.

A medianoche, después de arengar e izar banderas, los senderistas partieron, dejando en Santa Rosa una desconcertada incertidumbre.

30.10.82

Con la primera luz y vendiendo su vergüenza, Edmundo Morales se dirigió al puesto policial de San Francisco y denunció que los dirigentes de la Federación Campesina del Valle Río Apurímac (FECVRA) habían saqueado su tienda en venganza porque el día anterior no les regaló cerveza.

Según algunos, pagó varios millones al jefe policial. No existen pruebas, pero lo cierto es que regresó a Santa Rosa acompañado de una docena de sinchis, ocupó el pueblo y comenzó un registro casa por casa en busca de su mercadería:

—Esta jaba de cerveza, es mía.

—Este saco de arroz, es mío.

—Este radio, es mío.

—¡No señor, no señor!

—A ver, pues, tu factura.

—No tengo.

—Ya vez, es mío.

¿Quién guarda facturas de sus pertenencias en la lejana selva del Apurímac?

Los sinchis necesitaban su "navidad". Si no querían acabar en El Frontón, tenían que "caerse con algo".

ba de venir otro grupo que nos ha dicho lo mismo y se han llevado todas nuestras cosas.

(¡Sí, sí! asintieron en rumoroso coro los pobladores).

—No puede ser, para dónde se han ido —preguntó el que parecía ser el jefe.

—Por allá, para el barranco.

Y en el barranco los acribillaron, y los cuerpos cayeron hacia el río y a un único sobreviviente que quedó colgando al borde del precipicio, lo rescataron y lo llevaron de regreso al pueblo; en el poste frente al local municipal lo ataron e interrogaron hasta que confesó que era miembro de una

tos, uno de los feriados más importantes del calendario ayacucho. Para ese día, el sindicato de Marineros preparaba una gran pachamanca pro fondos para la construcción de un local para acopiar cube. Preparaba también un campeonato de fútbol con un toro de premio para el campeón.

El 28 de octubre, los organizadores se dirigieron al local de Edmundo Morales, comerciante y gran acaparador de cube, para comprarle cien cajones de cerveza a consignación.

—¿Creen que soy su padrino? —replicó soez el comerciante.

Pagan todo o no se llevan

cada vez más violentos y un rumor de voces junto a su almacén.

—Edmundo, anda a ver quién es...

Cuando finalmente abrió los ojos, todo ruido había cesado.

—Qué pasa —ojo sin entender los espantados ojos de su amante mirándole en la penumbra, en el silencio de la noche, roto de repente en mil pedazos por una explosión, un griterío y confusos vivas a la lucha armada.

En un segundo estuvo totalmente despierto, y saltando de la cama, sin siquiera vestirse, huyó por la ventana, con su sola traza percutida y mugrosa

(Viene de la pág. 9)

Durante dos días, Morales fue dueño del pueblo y recuperó mucho más de lo que había perdido; el doble, el triple. Ocho campesinos fueron apresados, sospechosos de "terrorismo". Julio Orosco y Antonio Alca, dirigentes de la Federación, se vieron súbitamente perseguidos.

Desde ese día, se abrió un nuevo y peligroso capítulo en la larga guerra que opone a la Federación Campesina contra Edmundo Morales y los grandes comerciantes, los cuales, paradójicamente, se han visto favorecidos por las acciones de este tipo realizadas por Sendero Luminoso en la zona.

LA FEDERACION CAMPESINA (FECVRA)

La Federación Campesina del Valle Río Apurímac (FECVRA), base de la CC, fundada en mayo de 1976, cuenta hoy con alrededor de 100 sindicatos base, que son mucho más que sindicatos. En una tierra de colonos migrantes que abandonan sus comunidades y sus costumbres ancestrales para hacerse de un futuro en las tierras calientes, el sindicato es un nuevo forjador de identidad, que en cierta medida combina las antiguas tradiciones comunales con las modernas formas sindicales y, más allá de los estrictos límites gremiales e incluso políticos, realiza obra civilizadora en esa región abandonada por el Estado, teniendo más bien que enfrentar para ello, el caos que traen, no sólo el capitalismo sino aquellos que supuestamente deberían imponer el orden y la ley. Basten un par de ejemplos:

En setiembre del '81, tres ex-GC roban a mano armada tres millones y medio de soles. Son denunciados en multitudinario cabildo abierto por el pueblo que los enjuicia.

Pocos meses después, tres miembros de la PIP roban más de 4 millones de soles del sindicato de Palmapampa, que los denuncia ante el Juzgado Provincial de San Miguel.

Por otra parte, los sindicatos construyen locales comunales, escuelas, postas médicas, refaccionan puentes y caminos, convocando a faenas. En ocasiones, para hacerlo tienen

que capturar volquetes de ORDEAYACUCHO y obligarlos a realizar tareas; ofrecen charlas de capacitación; arreglan pleitos entre marido y mujer, etc.

El arraigo que la Federación había logrado se reveló cuando en asamblea decidieron apoyar al candidato de IU para las elecciones municipales del '80. En plena selva, donde, según reza el refrán, once de cada diez votantes son populistas; en un bastión del diputado Parodi, amigo personal de FBT, Adrián Aréstegui, candidato de IU apoyado por la FECVRA perdió por sólo 7 votos. Para ganar, los gobiernos tuvieron que anular escandalosamente dos énforas en la capital provincial, porque tras anular una primera, se dieron cuenta que seguían perdiendo.

Poco antes, la Federación había paralizado por cuatro días el valle, exigiendo respeto a los pequeños cultivos de coca y, al mismo

tiempo y la supresión del narcotráfico. Donde hace treinta años sólo existía el monte virgen, un mitin de 5 mil campesinos cerraba con broche de oro el primer paro de la región.

Al año siguiente, el 20 de setiembre del '81, la Federación impulsó el primer cabildo abierto a nivel de todo el valle y formó el Frente de Defensa de los Intereses del Pueblo del Valle del Río Apurímac, que agrupa además al SUTE, la Asociación de Comerciantes, la Asociación de Boteros, los estudiantes y otras organizaciones menores.

El flamante FEDIP elevó un pliego petitorio al presidente de la República. El diputado Parodi, de paso por el lugar, se ofreció a solucionarlo en 10 días. Ha pasado más de un año y el sospechoso diputado no ha vuelto a decir esta boca es mía.

LA GUERRA DEL CUBE

Pero fue en 1982 que la Federación despegó definitivamente. En una zona donde, salvo Parodi, no existen grandes propietarios, el principal flagelo lo constituyen los grandes comerciantes que acopian la producción campesina en enormes almacenes, comprándola a precios irrisorios y la trasladan a Lima en flotas de camiones que regresan de la capital cargados de productos manufacturados que se venden por sumas exorbitantes. En julio de 1982, la federación, en coordina-

ción con la CCP, entró a la comercialización del cube (barbasco), chocando con el gran acaparador de ese producto, nuestro ya conocido E. Morales, que pagaba entonces 11 soles por el kilo de esa raíz de la cual se extrae la *rotetona*, utilizada en la elaboración de insecticidas.

La Federación entró pagando de saque 50 soles y obligó a subir los precios. Hoy el kilo se cotiza en 110 soles. En sólo seis meses y utilizando dos camiones cedidos por la Cooperativa Cafetalera Valle Río Apurímac, la FECVRA ha comercializado 25 camionadas de 5 toneladas cada una. Todavía Morales con su flota de vehículos comercializa la mayoría del cube, que la Federación no puede acopiar por falta de capitales e infraestructura. Los sindicatos están tratando de establecer una red de locales para el acopio en todo el valle, y de agencias en las zonas cubeleras.

Cuando los campesinos anunciaron que planeaban ingresar a la comercialización de maní, achiote, palillo e incluso cacao, (el café lo comercializan las tres cooperativas), los comerciantes temblaron. Pero el asalto al almacén de Morales en Santa Rosa les dio el pretexto que necesitaban para ensañarse contra la Federación.

¿PARAMILITARES? ¿PARAMILITARES!

Envalentonado por su primer éxito, a fines de noviembre Morales volvió a golpear a la Federación. Bastó que cayera en sus manos la citación a una asamblea sindical para discutir un mejor precio para el cube. Morales dijo que los campesinos se estaban reuniendo para planificar un nuevo asalto en su contra. El 21 de noviembre, en pleno día, a la cabeza de un grupo de gente armada, entró a Santa Rosa, rompiendo la puerta y allanando la casa de los hermanos Cuadros y del almacenero Oscar Mendoza, de cuyo interior sus trajeron más de 3 millones de soles de la Federación, destinados a la compra del cube, arguyendo que eran de su tienda.

En Santa Rosa y Marintari se ha desatado el terror: esta jaba de cerveza, es mía; este saco de arroz, es mío... la cantaleta ya es conocida y se vuelve insoportable.

Cuando los dirigentes probaron, Morales amena-

—Se van a joder, voy a traer zambos de Lima para enfriarlos uno por uno Tengo plata, aunque sea vendiendo un Volvo para fre-garlos.

Desde esa fecha, algunos de los grandes comerciantes, entre ellos Morales, se retiraron del valle. Pero sus camiones siguen haciendo el viaje. El letrero "Querer es poder" ha desaparecido. Ahora llegan anónimos y tripulados por costños que chupan, amedrentan y asaltan.

UN FUTURO SOMBRIO

Así están las cosas en la selva de Ayacucho. El campesinado y su federación, entre dos fuegos, temen que el frágil tejido social que se había ido fortaleciendo a lo largo de las décadas se desmorone.

Por un lado, los guerrilleros-niños sólo saben del pensamiento Gonzalo y de cercar las ciudades desde el campo. Hasta el momen-

to, a diferencia de la "justiciado" a ningún dirigente popular, pero ignoran todo lo referente a sindicatos y organización campesina. Cuando los campesinos de base les preguntan, sólo atinan a contestar que para 1990 todo será diferente y habrá una República Popular, que ya no falta nada.

—Habrà una organización diferente.

—¿Cómo será?

—¿...?!!!

—Si uds. vuelan el puente o bloquean la carretera, nuestro café se va a podrir, nuestro cacao, nuestro cube.

¿Cómo haremos?

—¿...?!!!

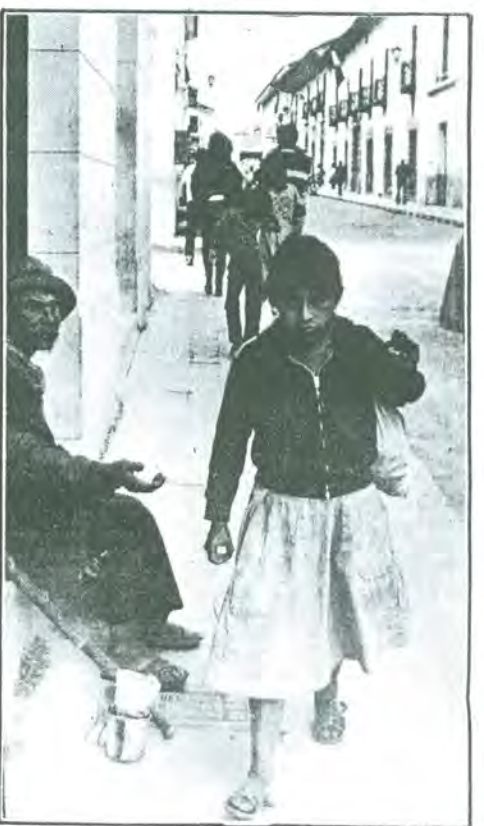
—¿Y cómo nos llegarían los alimentos? Aquí no produce para comer...

—¿...?!!!

La táctica de regresar al autoconsumo, tan difícil de ejecutar en la sierra, resulta impracticable en la selva del Apurímac donde la economía monetaria es decisiva.

Por su parte, luego de la intervención militar en el departamento, llegan noticias de que ahora son directamente los sinchis los que disfrazados de civiles desvalijan las casa de los pobladores.

Entre el fuego cruzado el campesinado trata de desarrollar nuevas formas para preservar su organización independiente y evitar que vuelva a reinar en el valle la ley de la selva. Del éxito que tenga, depende el futuro económico, político y social de la región.



"Se van a joder, voy a traer zambos de Lima para enfriarlos uno por uno".